

Un desaparecido vuelve a casa

Jacobo Timerman

Este testimonio escrito originalmente en inglés para The New York Times en 1984 (se publica aquí por primera vez en español, con expresa autorización del autor), tiene un doble valor histórico, que lo hace particularmente actual. Describe tanto las oscuras profundidades de una dictadura abominable, como el ilusionado clima que vivió la Argentina al retorno de la democracia, hace cinco años. Algunos de los personajes que aparecen en el relato están ahora muertos, como muchas de las esperanzas que brotaban cuando el autor regresó del exilio, pero sigue vigente - tanto como entonces, y en toda América Latina - esa preocupación por restituir la justicia que anima a este documento, en base a una verdad que hay que rescatar y que sigue en gran parte ignorada.

Hacia el amanecer de un día de abril de 1977, unos veinte civiles allanaron mi apartamento en el centro de Buenos Aires. Dijeron obedecer órdenes de la Brigada de Infantería del I Cuerpo del Ejército.

Me cubrieron la cabeza con una frazada. Me lanzaron al piso, en la parte trasera de un automóvil.

Llegamos a algún lugar. Alguien puso contra mi cabeza lo que parecía ser el cañón de un revólver. «Voy a contar hasta diez. Di adiós, querido Jacobo. Todo se acabó para ti».

Contó lentamente. Me quedé en silencio, preguntándome: ¿Era inevitable para mí morir de esta manera? Mujer, hijos, los amo. Adiós, adiós, adiós».

«Diez». Oí reír. Yo también empecé a reír. Con fuerza. A grandes carcajadas.

*(Del libro **Prisionero sin nombre; celda sin número**, de Jacobo Timerman, Vintage Books, Nueva York, 1982).*

En el vuelo desde Nueva York imaginé mi retorno a la Argentina como algo natural y sin complicaciones. Lo planifiqué pensando que sabía lo que estaba

haciendo. Durante dos años y medio había sido prisionero, torturado, paseado por cárceles legales y clandestinas de la dictadura militar argentina y, finalmente, me habían mantenido bajo arresto domiciliario. Milagrosamente liberado, venía de vivir casi cuatro años y medio fuera del país. Ahora, en enero de 1984, con un gobierno democrático inesperadamente restablecido en Argentina, volvía a la ciudad en la cual había vivido por más de medio siglo.

Sobre el papel donde había apuntado los posibles movimientos a seguir, el regreso implicaba volver a ver ciertos lugares. En algunos, había habido amor y sueños; en otros, dolor y odio. Organizarse en el papel no era difícil.

Pero un retorno como éste tiene sus propias y secretas leyes. Quizás porque en cada búsqueda y en cada confrontación algo sucede en ti, algo que no habías previsto...

La mujer se para frente a mí, la respiración agitada. Toma una de mis manos entre las suyas y balbucea mi nombre. Estoy sentado con mi esposa en un café al aire libre, cerca de mi antigua casa de Buenos Aires, y esta mujer, con lágrimas en los ojos, me pregunta si la recuerdo. No, no la recuerdo.

Silvia F., ella sí me recordaba; había estado prisionera conmigo en una cárcel clandestina del pasado régimen. Comencé a recordar en la medida en que ella iba contando detalles, sentada ahora, acariciando mi rostro. Es posible que yo haya simbolizado algo para ella en la prisión y que este momento se encuentre cargado de significados ocultos para mí.

Es hermosa, pequeña, morena, de unos 40 años. Durante casi cinco años, me dice, fue trasladada de cárcel en cárcel, golpeada y torturada. Cuando quedó libre no pudo adaptarse a una vida normal. Ahora está divorciada y ha encontrado refugio en la psicoterapia. Le aseguro que reconstruirá su vida, pero ella no busca consuelo. Mi regreso a Buenos Aires significa algo así como una reivindicación o una venganza para ella.

El periodista Juan N. me telefona desde una pequeña ciudad algo distante de Buenos Aires. Recuerdo la tarde cuando lo trajeron, cruelmente golpeado. Era invierno y llevaba poca ropa encima.

Era un hombre delgado, moreno, de unos 50 años y con una apariencia extremadamente frágil. Los guardias de aquella cárcel clandestina se descuidaron

por un momento y pude pasarle un chaleco, una camiseta, un par de calcetines y un paquete de cigarrillos, cosas que me permitían tener, porque para ese entonces yo ya era un veterano. Nunca pudimos hablar y aquella fue la última vez que lo vi. Más tarde supe su historia.

Parece que fue detenido porque su apellido sonaba a judío, aunque en realidad provenía de una familia libanesa cristiana. Había publicado una gran cantidad de material sobre el Medio Oriente en el periódico para el cual trabajaba; tema en el que estaba especialmente interesado, pero una buena parte de este material provenía de los servicios de información de la Embajada de Israel. Era sospechoso de ser agente sionista.

Juan estuvo preso durante catorce meses, hasta que un día fue sacado de la cárcel con los ojos vendados. Fue lanzado en una autopista desde un automóvil en movimiento. Se recobró de sus lesiones y de la tuberculosis que contrajo en prisión y está preparando, ahora, su juicio contra Ramón Campos, el general que fue jefe de policía de la provincia de Buenos Aires. Se alegra al saber que también yo preparo cargos contra Camps, los mismos que está presentando él y muchos otros: secuestro y tortura.

Juan desea que nos reunamos y así podrá devolverme el chaleco, aunque se muestra sorprendido por mi falta de deseos de volver a pasar por una reunión de éstas. No tengo el valor para explicarle que éste no es el retorno que yo esperaba, un retorno dedicado a los recuerdos, a los agradecimientos o a los reproches. El se siente orgulloso de los peligrosos momentos que vivimos juntos; quizás, yo también me sienta orgulloso. Pero ahora sé que estoy buscando algo más, o algo diferente.

Entonces...

Cuando tenía 16 años, pertencí a un grupo de teatro de títeres. Lo llamamos «Juan Cristóbal» en honor al héroe de Romain Rolland. Montábamos los espectáculos en una vieja casa al otro lado de una iglesia, en un vecindario de pescadores y marineros de la ciudad de Buenos Aires. Nuestras piezas llevaban un mensaje de amor y de amistad entre pueblos y naciones; nos sentíamos confiados en que nuestro teatro iba a ayudar a esas causas, en las cuales creíamos durante ese confuso año de 1939, cuando las últimas tropas republicanas eran derrotadas por los fascistas en España y cuando se iniciaba la Segunda Guerra Mundial. Ahora,

cuarenta y cinco años más tarde, la vieja casa ha sido demolida, las campanas de la iglesia aún repican, pero el reloj se ha detenido.

Trato de despertar en mí algún eco de aquel judío adolescente, tan seguro del hermoso futuro que aguardaba a la humanidad; pero no puedo. Se hace difícil admitir que el lugar está ahí, reconocible, que me encuentro en el mismo lugar donde entonces estuve, pero el adolescente y sus sueños han sido consumidos.

El adolescente no fue derrotado, fue simplemente consumido. Esta es la fórmula que uso para protegerme a mí mismo contra la angustia que me cubre; es una manera de resignarme.

Esto también forma parte del regreso: buscar nuevas evidencias en esa larga cadena de hechos que alguna vez formaron parte de nuestro compromiso con el hombre, con las ideas, con la vida. Desde la distancia, o en prisión, esos hechos podían preservarse en su estado original. Ahora, el ex-prisionero trata de encontrar en esos lugares algún indicio que pudiera haber servido para predecir el horror que habría de venir. Siento algo como resentimiento contra un pasado que jamás me advirtió que sería torturado. Un triste vínculo con todo lo que sucedió antes.

Alfredo G. me visita en el hotel. Era reportero en mi diario y me trae el *yarmulke* que rescató de la oficina de mi hijo cuando el periódico fue tomado por el ejército. Lo había guardado durante siete años con un sentimiento de reverencia que sólo un cristiano puede tener.

Alfredo es uno de aquéllos que necesitan disculparse a sí mismos por el silencio guardado durante los años de dictadura militar. Lo hace con dignidad y cuenta que, durante mi encarcelamiento, se encontró con mi hijo Héctor en la calle y en lugar de dar media vuelta, como casi todos lo hacían, se detuvo para preguntar sobre mi situación. Dice: «Fue mi momento de mayor coraje. No me atreví a hacer nada más; sólo pude hacer esa pregunta».

¿Qué bien podría hacerme aludir a esos meses en los que esperaba algunas palabras de aliento de parte de mis colegas, algún signo de solidaridad? No tengo ni temperamento de víctima ni ecuanimidad de juez.

Los principales periódicos, los que guardaron silencio frente a las violaciones de los derechos humanos bajo la dictadura militar, han empezado a informar sobre los hechos. Y en los nuevos semanarios, en los círculos intelectuales y académicos, en

las asociaciones de abogados, en las iglesias y en las sinagogas, empieza a tener lugar un debate sobre las razones del silencio que cubrió a todos durante esos terribles años.

Como una repetición en miniatura de la Alemania de 1945, la Argentina de 1984 estaba tratando de saber y entender. En este penoso esfuerzo afloran las mismas preguntas. ¿Cómo era posible que se torturaran niños delante de sus madres? ¿Cómo era posible que las mujeres fueran violadas delante de sus esposos? ¿Por qué había soldados en Argentina que mataban a mujeres encinta a patadas? ¿Por qué hubo niños asesinados o entregados a familias extrañas? ¿Por qué hubo personas drogadas y lanzadas al océano desde un avión, o cuerpos martirizados llevados en *containers* y lanzados desde los buques al agua?

Aquéllos que ahora se enteran de estos hechos se preguntan por qué aquéllos que sabían no hablaron; afirman que el silencio se vuelve complicidad; sospechan que ese silencio es tan horrible como el descubrimiento de esos años de espanto que día tras día van saliendo a la luz.

Finalmente, como en la Alemania de 1945, la Argentina de 1984 se preguntó acerca de la culpabilidad: ¿Quién debiera ser castigado? Y se interrogó a sí misma sobre las causas: ¿Dónde estaba Dios?

En el exilio fantaseé a menudo sobre las posibilidades de volver a la Argentina con otro rostro para buscar, sin ser molestado, una respuesta a la serie de preguntas no muy diferentes de las que hoy se plantean miles de personas en este país. Imaginaba una escena en la cual yo estaba sentado en un café cercano a alguna de las cárceles donde me tuvieron prisionero; allí podría reflexionar y llegar a algunas conclusiones, encontrar una fórmula para hacer que las torturas no ocuparan un territorio tan vasto en mi espíritu. Volver a un lugar donde los crímenes se hubieran cometido contra otros y no contra mí, parecía una promesa de alivio. Pero nada sucedió como yo lo había imaginado.

Obtuve permiso de la oficina del Presidente para ir, solo, a esa celda en la prisión legal del cuartel general de la policía de Buenos Aires, donde había permanecido un total de doce meses, interrumpidos por temporadas en dos cárceles clandestinas y una prisión militar. Entonces no fui: tenía miedo. Empecé a experimentar las mismas sensaciones que había tenido en esa celda. Noche tras noche, sopesando el ofrecimiento del Presidente, me asaltaron las pesadillas. Finalmente, cancelé la visita.

El retorno debería ser un acto individual, solitario, una batalla personal contra los demonios, pero no siempre resulta posible. Los nuevos medios de comunicación me presionaron; me seguían. Cuando salí una mañana para localizar una cárcel clandestina cuyo nombre de código era COTI Martínez, de ubicación aún desconocida para el público y para la mayoría de los funcionarios, se me unió un equipo de televisión. Cuando finalmente la localicé - recordando rumores de la calle, recordando voces, árboles, la visión fugaz de un cierto edificio - fui seguido durante tres días y nunca tuve aquel momento de reflexión que andaba buscando.

Un gran triunfo

Mi descubrimiento de la prisión COTI Martínez es vivido por la gente como un gran triunfo. Me agradecen en la calle, en los restaurantes, me aplauden desde los automóviles al pasar. La gente me invita a un trago o se sienta a mi mesa en el café para contarme sus problemas y, especialmente, sus esperanzas.

Mi presencia (grande de físico, constitución robusta), mi acción insistente en la presentación de cargos contra el general Ramón Camps - y contra el teniente general Lorge Rafael Videla, quien era Presidente durante el período de mi detención - hace que muchos argentinos crean que ha llegado el momento del justo castigo. Me palmotean y me instan a perseverar como si yo estuviera a la cabeza de una gran marcha hacia la justicia y la libertad. Pero yo necesito pensar bien las cosas, pues aún no logro recomponer mi relación con esta ciudad.

Buenos Aires es familiar, muy familiar, aunque distante y ajena. Algo me sucedió a mí aquí, algo que se encuentra fuera de los límites de la civilización; no es posible conocerlo en abstracto y es imposible de comunicar, no importa cuán exacta sea la descripción.

Me propongo llamar al escritor argentino Jorge Luis Borges para que me ayude a reflexionar del mismo modo como lo hiciera cuando lo fui a ver con mis primeros poemas, cuando yo tenía 20 años, en 1943. En esa ocasión me dio una copia de **El último puritano** de George Santayana. Durante los años que siguieron, estuvimos enemistados y reconciliados; uno de sus poemas apareció por primera vez en *La Opinión*, el periódico que yo publicaba y editaba desde 1971. Pero después de su visita al dictador chileno Augusto Pinochet y de describirlo como un «gentleman», separamos definitivamente nuestros caminos.

En años recientes me conmovieron sus opiniones contra la dictadura argentina y sus denuncias acerca de las violaciones de los derechos humanos. Traté de encontrarlo en 1984, pero no lo logré, y no hice un segundo intento.

Jorge Luis Borges y el escritor Ernesto Sábato han hecho un largo camino, paralelo en el tiempo, pero casi siempre representando diferentes ideas y actitudes. Borges es leído por su talento literario, al margen de sus posiciones políticas, que en muchos aspectos son derechistas; Sábato pone su talento literario al servicio de un humanismo progresista y agudamente crítico. Son los intelectuales argentinos más importantes.

Sábato estuvo de acuerdo en encabezar la Comisión Nacional sobre Personas Desaparecidas. El fue quien, finalmente, me ayudó a reflexionar. En su espaciosa casa de la agradable ciudad universitaria de La Plata, mis recuerdos pasan a ser placenteros por primera vez. Sábato fue mi profesor y la que iba a ser su mujer fue mi condiscípula en la Universidad Nacional de La Plata. Cuando le hablo, ahora, ni una sola vez recuerdo que durante tres días, en el cercano cuartel general de policía provincial, el general Camps me mantuvo atado a una escalera, golpeado y hambriento.

Sábato confiesa que con este vuelco en Argentina logra, por primera vez, vencer la perspectiva pesimista que aprendió de Nietzsche. Hoy día, Sábato pone su confianza en el presidente Alfonsín, el político moderado que, para sorpresa de todos, condujo a su vacilante partido Unión Cívica Radical a la victoria en las elecciones de octubre de 1983. Cree que, exceptuando a Juan Perón, Alfonsín es el primer líder carismático que surge en Argentina en los últimos cincuenta años. También piensa que Alfonsín combina firmeza, flexibilidad y calidad de hombre de Estado, virtudes que prometen resolver los dos problemas cruciales para la reafirmación de la democracia argentina: el castigo para aquellos militares que son culpables de torturas y la re-educación democrática de las Fuerzas Armadas.

Comparto algunas de las opiniones de Sábato, especialmente cuando enfatiza que en las elecciones de octubre, el 90 por ciento de la gente repudió la violencia de derecha o de izquierda. El repudio fue tan impresionante que Alfonsín tiene una gran probabilidad de mantenerse en el cargo durante los seis años de su mandato. Cualquier acción violenta o desestabilizadora probablemente será contenida a través de una movilización política de los ciudadanos. El pueblo se tomará las calles si Alfonsín se lo pide, conducido por una nueva generación política que ha incorporado a la vida política, al Congreso y a la administración pública.

El entusiasmo de Sábato es excitante. Se expresa en ideas filosóficas y análisis político, pero se alimenta de esa sorprendente devoción por la democracia que he encontrado en las personas que en la calle me saludan y me dan la bienvenida.

Desaparecidos

En todo régimen totalitario, sea de derecha o de izquierda, hay un lugar donde el sufrimiento es más profundo, el odio más irracional. Ese lugar es la comunidad judía. Y si nada faltó en el drama judío que yo viví en las prisiones de la dictadura militar argentina, las madres de las víctimas judías suplicaron tanto que a veces se hacían insoportables.

Estamos sentados en círculo en la sala de la casa de Renée E. Ella está en la lista de las Madres de la Plaza de Mayo, esa desconsolada organización que lleva el nombre de la plaza ubicada frente al palacio de gobierno y donde las madres se juntan todos los jueves para exigir que se les rinda cuenta por sus hijas e hijos desaparecidos. Todos los que están sentados en la sala pertenecen a la organización. A veces se encuentran como subgrupo judío, además de los lazos comunitarios.

Renée es una viuda que tenía tres hijos adolescentes, todos desaparecidos. Las fotografías están sobre la mesa, sobre el piano, en el librero. Son rostros que miran confiadamente, desafiantes.

Otra de las mujeres me mira con fijeza, toda la tarde, sin decir una sola palabra. Hay momentos en los que alguna de las madres pierde el control y habla durante varios minutos, sin pausa. Nadie interrumpe. Nadie grita.

Los periódicos publican todos los días las historias de lo que ocurrió en las cárceles clandestinas y en los campos de concentración. Estas mujeres conocen cada detalle de lo que los torturadores les hicieron a sus hijos antes de lanzarlos al océano, de ocultar sus cuerpos en fosas comunes o incinerarlos en hornos especiales. Ahora también saben que había un trato especial para los judíos, mucho más cruel.

No tengo respuestas para las preguntas que me hacen. Una de ellas me muestra una fotografía de su hijo. ¿Lo habré visto, quizás, en una de las prisiones clandestinas? No, no lo vi.

Ella insiste, con otra fotografía y, esta vez, el muchacho de unos 25 años no tiene bigote. Puedo imaginar las bromas de los carceleros a expensas de ese rostro tan típicamente judío. No, no lo vi, repito.

Guarda la fotografía en su bolso y continúa escuchando atentamente convencida, aún, de que la conversación puede aportar alguna clave sobre el paradero de su hijo.

Estas mujeres creen que la discriminación, el castigo especial sufrido por sus hijos porque eran judíos, exige una especial solidaridad, la solidaridad judía. Es probable que sin darse cuenta de ello estén reviviendo la vieja controversia acerca de la mejor defensa judía contra el antisemitismo, reviviendo millares de ocasiones en las que la tragedia de los judíos no encontró respuesta entre los líderes de su comunidad.

Estas madres sienten que no recibieron la ayuda que esperaban de los líderes de la comunidad judía argentina. Las justificaciones para la ausencia de reacción frente al antisemitismo de la dictadura militar argentina ha sido una repetición en español de las frases usadas en la Alemania sometida por el nazismo. Las instituciones judías argentinas dijeron que las denuncias públicas harían más daño que provecho; que era necesario guardar silencio con el objeto de proteger al resto de la comunidad judía; que era mejor sacrificar a unos pocos para salvar a muchos. Las madres judías de Argentina vivieron en soledad durante siete años.

Las estadísticas sobre desaparecidos comprueban, ahora, el número desproporcionado de judíos entre todos aquellos aniquilados por la operación nazi Noche y Niebla, al estilo argentino. Las madres que me hablaron no encuentran consuelo ante la prueba de que ellas tenían razón. Quieren saber qué pasó con los 1.500 judíos que se estima desaparecieron.

Sé que he sido acusado por algunos sectores judío-norteamericanos neo-conservadores de haber exagerado la penosa experiencia de los argentinos judíos en mi libro **Prisionero sin nombre, celda sin número**, y de haber difamado a los líderes judíos de Buenos Aires. Sólo puedo responder que la evidencia surgida desde que el libro fue publicado pone fin a esta controversia.

Creo poder entender el desolado sentimiento de abandono y desesperanza durante mi encuentro con las afligidas madres. El dolor judío es tan grande, tan especial, que requiere una solidaridad judía especial digna de la singularidad de la tragedia.

Yo sentí la necesidad de esta clase de solidaridad cuando estuve en prisión y ahora veo la misma necesidad desplegándose ante mis ojos.

Recomendé paciencia, recordando cuando Risha, mi mujer, a quien se le permitió visitarme en la prisión legal, me decía que los líderes judíos le aconsejaban tener paciencia, y cómo me enfurecía aquello.

Preparamos una larga lista de iniciativas: maneras de presionar a los militares para que respondieran, de llevar a los culpables ante la justicia, de recobrar el honor judío. Pero todos sabemos que esos jóvenes judíos han desaparecido para siempre. Y esa es la verdad que pesa como una nube negra sobre la reunión. Queda la evidencia de algunos ex-prisioneros que vieron judíos en las prisiones, historias extraordinarias del antisemitismo militar durante la dictadura concluida en 1983.

Justicia

La necesidad de justicia es uno de los temas que cobró vida en la Argentina de 1984. El país entero parecía ser la antítesis del 1984 de George Orwell. El debate, intenso y abierto. El pluralismo explota en un amplio espectro de ideas y posiciones. Las personas no son arrestadas por sus ideas o porque resulten sospechosas para algunos miembros paranoicos del ejército, y los ex-prisioneros, no huyen a la vista de las prisiones: buscan las prisiones clandestinas donde estuvieron durante días, meses o años. El poder se reparte entre las instituciones democráticas tradicionales. Todo el mundo está asombrado: actualmente usted puede divertirse conversando acerca de lo que hacen los funcionarios o representantes, esas figuras que ni siquiera eran mencionables bajo el régimen totalitario.

Un escritor, Max D., me saluda en la calle diciendo que fue un «testigo silencioso» de mi drama durante los años de prisión «Silencioso por razones obvias», agrega. Pero en la Argentina de 1984 no hay gente silenciosa. Todos son protagonistas y gozan expresando ideas y sentimientos mantenidos ocultos durante tanto tiempo. Después de medio siglo de militarismo se ha abierto una gran posibilidad democrática.

Al ir buscando evidencia sobre mis dos prisiones clandestinas y al tratar de saber más y más sobre lo sucedido en los campos de concentración, me sumergí en una Argentina que saborea su alegría al mismo tiempo que descubre sus atrocidades. Me reuní con los miembros más jóvenes de la Cámara de Diputados, los hombres

que deben tratar de asegurar que la democracia se mantenga más allá de los breves lapsos que no fue capaz de sobrepasar en los últimos 50 años. Una vez duró cuatro años, otra vez duró tres. Eso fue todo.

Los diputados no sólo quieren justicia, la obsesión de todos aquéllos que fueron torturados o cuyos compañeros de cárcel desaparecieron; saben que hay otros problemas. Saben que en el plazo de dos años habrá nuevas elecciones legislativas y que esas elecciones deben continuar realizándose cada dos años. Esperan hacer reformas extensas incluyendo el colocar la producción militar bajo gestión civil y reducir el tamaño de las fuerzas armadas. Me hablan de la deuda externa, de proyectos nacionales, de la posible democratización del peronismo, de las medidas encaminadas a democratizar los sindicatos.

Hacia donde mire en la Argentina de 1984 no veo evidencia de Orwell. El canciller de 39 años, Dante Caputo, defiende una política contraria a la idea orwelliana de la guerra. En 1978, sólo la intervención del Papa a última hora detuvo el ataque del ejército argentino contra Chile; en 1984, la primera iniciativa internacional de Caputo fue la de firmar un acuerdo con Chile, en el sentido de que los problemas fronterizos entre ambos países deberían resolverse a través de negociaciones. Su esfuerzo principal ahora, según me dijo, es el de permitir que Argentina juegue un rol en la solución pacífica de los conflictos latinoamericanos, especialmente en el que se desarrolla en América Central.

Un abogado, una prisión

A la edad de 62 años, Genaro Carrió es el mismo hombre de temperamento sereno y perspectiva moderada que conocí en 1977. En ese año, fue el único abogado que se atrevió a asumir la defensa del más notorio prisionero de los militares, Jacobo Timerman. Era entonces uno de los abogados más importantes en Argentina y cuando se ofreció a representarme, inmediatamente después de mi desaparición, mi mujer le dijo que para nosotros sería imposible pagarle sus honorarios acostumbrados. No sólo rehusó el pago, sino que él mismo costó los procedimientos de *habeas corpus*. Durante dos años y medio dio apoyo moral a mi familia. Si alguna vez fue amenazado por los militares, jamás lo mencionó.

Ahora ha sido nombrado Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Encuentro en él una mayor evidencia de fe en el futuro. Nunca supe cuáles eran sus ideas políticas, pero su ética era una constante lección de decencia moral. Cuando su voz

calmada me dice que Argentina tiene ahora un gobierno basado en la democracia y en la justicia me invade un sentimiento de paz y seguridad.

También recuerdo lo que debo hacer. Había tratado de no pensar en ello; lo había dejado de lado. Pero sé bien que un día, como un autómatas, para no sentir ni emoción ni pánico, deberé buscar la prisión clandestina llamada «Puesto Vasco». Tendré que entrar a esa celda pequeña sin número, cerrar la puerta de acero a mis espaldas, poner mi derecho en la mirilla y observar la celda de enfrente. Tendré que revivir aquella noche cuando otro ojo me miró a través de la mirilla de la celda opuesta, un ojo que nunca volví a ver, pero que he llevado conmigo como parte integrante de mi cuerpo, de mi verdadera naturaleza; así, una parte del dueño de ese ojo seguirá viviendo, de ese prisionero que seguramente fue asesinado y lanzado a una fosa común.

Una calle en un pequeño pueblo, Don Bosco, 15 km al sur de Buenos Aires. Lo veo por primera vez: tenía los ojos vendados cuando me llevaron allí y vendados cuando me sacaron.

Pequeñas casas de clase media con pequeños jardines sobre una pacífica calle bordeada de árboles. Suficientemente seguro al final de la calle se encuentra «Puesto Vasco», el nombre de código para esa cárcel clandestina que ahora es ocupada por la Brigada 14 de Investigaciones de la Policía.

¿Podría tocar en todas esas lindas puertas y preguntar si ellos me escucharon aullar durante las noches y días que siguieron a la mañana del 15 de abril de 1977, cuando vinieron por mí en mi casa de Buenos Aires? ¿O preguntarles si ellos sabían, si tenían miedo, si me hubieran ocultado en sus casas, si mis fantasías se hubieran hecho realidad y hubiera escapado?

Estoy otra vez en la celda. La televisión y los diarios me han hecho famoso, un héroe; el jefe de la estación de policía me deja ir libremente por el lugar.

Ha sido cambiado. Nueva construcción, pintura fresca. La gran cocina que servía como cámara de torturas ha desaparecido; también han desaparecido las celdas donde nos encerraban antes y después de las sesiones de tortura. Aún circulan algunos obreros, la remodelación no ha sido terminada. Una vez, la venda se deslizó y vi esta pared que ha sido recién pintada. Entonces, ese instante de visión me pareció una aventura emocionante. No es más que una pared ordinaria.

Hay un penetrante olor a pasto recién cortado y a tierra húmeda. La última vez que estuve aquí nos sofocaba el olor a excrementos. No había forma de escapar de él. La tortura, el hambre, el frío y ese hedor; eran las constantes del lugar, el mismo lugar que ahora es agradable, con policías cooperadores y bien educados.

Al final del corredor hay todavía cuatro celdas pequeñas con puertas de acero que no han sido destruidas. Están agrupadas en torno a un pasillo estrecho con una puerta cerrada; al final del pasillo, de unos 3 m de largo y 1 m de ancho, hay una abertura en el piso donde los guardias nos llevaban, en sus momentos de generosidad, para que evacuáramos.

Aquí he vivido, enloquecido, enfermo, espantado. Aquí me golpearon, humillaron, aterrorizaron. Y aquí estoy de nuevo. Es absurdo, pero estando afeitado, bañado y bien vestido me llena de euforia. Parece ser la mejor venganza.

He vuelto a mi celda. He derrotado a ese número perdido, el que, durante mi permanencia en el infierno, hacía parecer que me había sumergido en la nada. También me hace sentir eufórico que en este lugar donde no tuve nombre, donde sólo era «el judío», ellos registren la visita de Jacobo Timerman, ciudadano israelita, pasaporte N° 1486890.

Finalmente entro a la celda. Levanto mis brazos hacia el alto cielo raso. No los puedo levantar mucho porque la celda es muy estrecha. Empujo la puerta de acero y se abre. No puedo recapturar ese sentimiento de impotencia y desesperación que me invadía cuando pasaba horas afirmado contra esa misma puerta porque me aterrorizaba el fondo de la celda.

Me siento en el suelo, en la parte de atrás. Ya no me espanta. Miro dentro de las otras celdas. Recuerdo algunas caras que pasaban por aquí, pero nunca supe sus nombres. Si dedicara mi vida a buscarlos, ¿serviría para algo?

¿Qué vine a buscar? ¿Qué puede darme este lugar? Entro y salgo de las celdas muchas veces; toco los muros. Dejo que el fotógrafo que viene conmigo me haga una foto. Le explico a él y al policía amable que nos acompaña cómo operaba cada una de las pequeñas piezas de ese infierno. El fotógrafo es el único que parece alterado. El policía maneja sólo una respuesta aprendida, seguramente, en alguna sesión de entrenamiento: «Somos nuevos aquí. Acabamos de llegar». Yo le creo. De todas maneras no he venido a buscar a mis torturadores. ¿Vengo a buscar qué?

No siento ningún alivio cuando dejo «Puesto Vasco», pero hacía mucho tiempo que no me sentía tan vivo.

Siete años después

Risha, mi mujer, asistía todos los viernes a los servicios sabáticos en la sinagoga de la Congregación de Beth El, ubicada en un pacífico vecindario de Buenos Aires. Allí era donde el rabino Marshall Meyer daba sus sermones sobre las desapariciones. En la casa del rabino, el día de mi propia desaparición, el Rev. Williams Sloane Coffin, ministro principal de la Riverside Church de Nueva York, le dijo a mi mujer: «Si usted nada puede hacer por Jacobo, luche entonces por los otros. Se sentirá mejor». Tenía razón: luchar por los otros es un gran alivio.

De cuando en cuando, los grupos paramilitares lanzarían granadas a la sinagoga o amenazarían telefónicamente al rabino y a sus niños.

Aquí estoy, el viernes anterior a mi partida de Buenos Aires, escuchando las canciones del servicio junto a Risha y a Naomí Meyer, la mujer del rabino. Desde el púlpito la voz de barítono del rabino sobresale entre las demás voces. Recuerdo sus visitas a la prisión legal una vez que reaparecí, y el mensaje que me llevó: la sobrevivencia es una obligación ética y religiosa. Sobrevivir, de acuerdo a lo que él decía, significa mucho más que salvar la propia vida; sonaba algo así como la salvación de la humanidad.

Esa mañana el rabino y yo hemos ido a «Puesto Vasco» juntos, la segunda visita para mí. El rabino quiere verlo por sí mismo.

La escena que siguió fue extraordinaria. Aunque es ciudadano norteamericano, el rabino Meyer, en reconocimiento a su larga lucha por los derechos humanos ha sido nombrado por el presidente Alfonsín, miembro de la Comisión Nacional de Personas Desaparecidas. Llegamos juntos a la estación de policía que una vez había sido centro de torturas. Hace abrir las celdas, pide explicaciones, ordena que el lugar sea fotografiado y filmado.

Es un viernes extraño. Por la mañana, mi rabino y yo nos encontramos solos en mi celda; por la noche, me invita a subir al púlpito de su sinagoga. En la celda trata de hacerme entender - con sus palabras, sus manos de pianista sobre mis hombros y sobre mi cabeza - que lo que ahí me sucedió no determina el futuro: ha sido periférico y así debe permanecer. En la sinagoga, sus palabras hablan de la

conciencia: las obligaciones que una persona tiene con las demás es la obligación última que la humanidad tiene con Dios. En la celda, me dice que hay preguntas que sólo se las puedo hacer a Dios, que sólo encontrar la respuesta en mi mismo. En la sinagoga, soy quien da las bendiciones, hablando desde el púlpito, como si aún tuviera dentro de mí a ese Dios que, según el rabino Meyer, estuvo siempre conmigo en la celda.

Risha y yo compartimos la comida sabática con la familia del rabino, en su casa. Durante siete años él creyó que este momento estaba destinado a llegar. Mi fe no era tan grande.

Mi fe y mi fantasía tampoco eran lo suficientemente poderosas como para imaginar que un miembro de aquel pequeño grupo de gente valiente, fundador de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos cuando los crímenes y las violaciones comenzaron, sería siete años más tarde, el Presidente del país.

Con Alfonsín

Son las 8 de la mañana, hora de mi entrevista con Raúl Alfonsín. Cuando, siete años antes, fui llevado esposado hasta el edificio del gobierno desde una prisión clandestina, para que el ministro del Interior de entonces si pudiera probar ante el representante republicano de Nueva York, Benjamin Gilman, que yo estaba aún con vida, no podría haber imaginado que, algún día, iba a estar charlando con el Presidente en ese mismo edificio. Ahora estoy con el Presidente en sus oficinas y aquél ministro, el general Albano Harguindeguy, está acusado ante varias Cortes de Justicia por corrupción, violación de los derechos humanos y complicidad en las desapariciones.

El día de mi encuentro con el Presidente, Argentina vivía en la gloria de la democracia desde hacia ocho semanas. «Vivir en la gloria» es la expresión más exacta para describir cómo el país había incorporado la democracia a su vida cotidiana: con placer y con furia por el tiempo perdido. Raúl Alfonsín parece entender esto y mucho más. Lo entendió cuando le propuso al pueblo, mayoritariamente peronista, un pueblo que había sido aterrorizado por los militares, iniciar una nueva fase fundada en principios básicos y elementales de la democracia. Este hombre, con su discurso lento y reflexivo, que sabe escuchar sin interrumpir, ha percibido los cambios subconscientes en el país, lo que otros políticos han omitido.

Me encontré con Alfonsín, por primera vez, cuando era un político joven de firmes convicciones democráticas. Él me hace recordar algo que yo ya había olvidado: poco antes de mi detención, le había pedido que fuera columnista en mi periódico, más tarde confiscado y destruido por los militares. Pocas personas se atrevían a hablar en aquellos tiempos; Alfonsín fue uno de los pocos.

En un país hambriento de acción, Alfonsín es capaz de iniciar cambios en las estructuras básicas sin crear agitación revolucionaria. Al llevar a juicio a nueve miembros de la antigua Junta le dejó a las Fuerzas Armadas la dignidad de hacer lo propio, en sus propios tribunales militares, aunque sujetos a revisión por parte de las cortes civiles. Rechazó las proposiciones para establecer cortes especiales.

El Presidente es un soñador pragmático. No quiere olvidar el sueño argentino que lo motivó en su juventud; tampoco quiere «latinizar» su estrategia con metas imposibles, con *slogans* exagerados, con objetivos irreales.

Permanecemos solos durante una hora y algo más. Deseo que este encuentro forme parte de mi retorno y no tomo notas. Alfonsín sabe lo que sufrí y trata de despertar en mí el deseo de volver a un país que, ante sus ojos, tiene más futuro que pasado. Quiere de regreso a todos aquellos que partieron. Hay, dice, un lugar para cada uno. Me dice que mi ciudadanía revocada por los militares está siendo restaurada y que seré compensado por la pérdida de mi periódico. Cuando nos decimos adiós le envía recuerdos a mi hijo Héctor; recuerda sus conversaciones con él cuando yo estaba desaparecido, discutiendo ambos qué se podía hacer.

Raúl Alfonsín puede decir de su país lo que Charles de Gaulle dijo de Francia: «Tengo fe en Argentina». Es una convicción, un convencimiento que parecía imposible hace poco tiempo atrás.

En lo que a mí se refiere, después de todo lo que me sucedió en este país, después de este regreso que ha ido desde la memoria traumática a la nostalgia, pasando por las presentaciones ante los tribunales para conseguir el encausamiento de mis torturadores, la entrevista con el presidente Alfonsín es una suerte de clímax. Me deja, a mí también, con fe en Argentina, una nueva fe, una nueva Argentina. Él tiene razón: se puede estar entusiasmado y optimista; incluso alguien como yo, con tantas razones para ser escéptico.

Traducción del original en inglés de Ricardo Sanhueza